

IMPORTANTE:  AL PÚBLICO

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de Abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los kioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

**IMPORTANTE:
A LOS CORRESPONSALES**

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA,
DIARIOS, REVISTAS Y PUBLICACIONES, S. A.**

Barbará, 16. BARCELONA. Ferraz, 21. MADRID. Ferrocarril, 20. IRÚN

E. VERBAQUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRAS*

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 211

25 cts.



UNA BODA
INESPERADA

POR
LEW CODY,
RENÉE ADORÉE, etc.
Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 211

Una boda inesperada

Comedia dramática, de magnífica moraleja,
interpretada bajo el siguiente

REPARTO:

<i>Roberto Bulteel</i>	. . .	GERALD GROVE
<i>Lady Gilda</i>	. . .	JACQUELINE GARDEN
<i>Alba</i>	. . .	Harriet Hammond
<i>Sir Nicolás.</i>	. . .	Lew Cody
<i>El conde de Fleuris</i>	. . .	DAVID MIT
<i>Suzette</i>	. . .	Renée Adorée
<i>La condesa Coralie</i>	. . .	Paulette Duval
<i>Burton</i>	. . .	Alec B. Francis

Producción

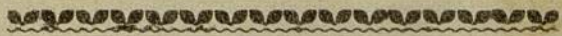
Metro-Goldwyn-Pictures

Exclusiva de

Metro-Goldwyn Corporation
Rambla Cataluña, 122 :: BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

SANDRA MILOWANOFF



Una boda inesperada

Argumento de la película

En París. En las postrimerías de la Gran Guerra.

En Auteuil vivía la familia Bulteel, ocultando en mísera buhardilla, impropia de su elevado rango, su vergonzosa pobreza.

Dicha familia estaba compuesta por:

Roberto Bulteel, bravo militar en servicio activo, cuya pasión por el juego pudo siempre más que las otras pasiones, arrastrando a toda la familia a la penosa situación en que se hallaba a la sazón. Todo lo había perdido, incluso el solar de sus mayores, un soberbio castillo;

Su esposa, lady Gilda, abnegada mujer, fiel, a pesar de los pesares, al marido, con el que compartía la pobreza, las amarguras y las afrentas;

Alba, la mayor de las hijas, hábil taquígrafa que explotaba sus conocimientos para poder ser útil a los suyos, de los que era sostén, ya que con el padre no se podía contar, pues todo lo que ganaba desaparecía en el tapete verde;

Y dos hijitas más, por las que Alba se desvelaba hasta el sacrificio, a fin de que, ya mayores, no tuvieran que sufrir lo que ella.

¡Cuántas veces la esposa había implorado, con lágrimas en los ojos, al militar, que renunciase al maldito juego! Pero siempre en vano. Nunca tuvo fuerzas, el vicioso, para saber imponerse a su fatal debilidad.

Un buen día, bueno era para la familia, Alba dijo a su madre, de regreso de su trabajo:

—Los jefes de la Cruz Roja Norteamericana son espléndidos. Están satisfechos de mi conducta, y me han prometido un buen aumento de sueldo. Esto se arregla, pues, mamá.

La resignada mujer miró con admiración a su mayor, y emocionada, elogió su buen comportamiento:

—Eres un ángel, Alba, y no te oculto que, gracias a ti, la vida no me es odiosa. Estoy enferma, pero soy feliz viéndote tan valerosa, tan buena.

—No hago más que seguir tu ejemplo, mamá.

La verdad era que Alba trabajaba mucho, más de lo debido, para ganarse una mensualidad bastante crecida. Por su talento y su rectitud, había merecido uno de los mejores empleos en una sección de las oficinas de la Cruz Roja Norteamericana.

En el edificio contiguo se hallaban instalados varios departamentos de las oficinas del Agregado Militar de Inglaterra, uno de los cuales dirigía sir Nicolás Thormonde, opulento caballero inglés, perteneciente a una familia de rancio abolengo, condecorado con la Cruz de Guerra por sus actos de valor frente al enemigo.

Militar de grandes conocimientos técnicos, y excelente compañero de armas, sus camaradas le admiraban. Había sido últimamente herido, y pasaba su convalecencia en las oficinas, deseando volver pronto al fuego, con sus soldados.

Uno de los amigos más íntimos de sir Nicolás, era el conde Mauricio de Fleuris, un sujeto afeminado, incondicional del que poseía grandes riquezas. El no ofrecía nunca su amistad si en compensación no le proporcionaban algún interés...

Encargado por sir Nicolás de buscarle una buena taquígrafa, tan rápida en tomar notas como en escribir a máquina, el conde se dirigió a la sección de la Cruz Roja en que prestaba Alba sus servicios, y transmitió el deseo del noble inglés al jefe americano.

—Esa señorita será espléndidamente retribuida; de modo que recomiéndenos usted la que mayores aptitudes reúna para tan magnífico empleo.

El jefe consultado estaba muy contento de Alba, y sin egoísmo, procurando sólo el bienestar de la empleada modelo, eligióla para mandársela a sir Nicolás.

El conde Mauricio entrevistóse un momento con la aludida, deseoso de conocerla.

—¿Aceptaría usted trabajar para sir Nicolás Thormonde, señorita?

—No tengo el gusto de conocer a ese señor, caballero.

—Es un noble muy rico, en cuya casa tendría usted que trabajar. ¿Accedería a cumplimentar esta condición?

5

—No tendría inconveniente...

—Su sueldo, si acepta, sería de mil francos mensuales. No puede ser mejor, ¿verdad? Y siendo usted tan simpática...

—¡Caballero!

El Conde comprendió que había metido la pata, y no insistió en su galantería de mal gusto. Probablemente, Alba no aceptaría. ¡Vaya con la soberbia muchacha! ¡Pues no se creía poca cosa!

El Conde era de esos sujetos a los que una mujer no debe resistírseles, y las cuales, de hacerlo, son odiadas como si les hubiesen causado el peor de los males. ¡Ruines buscadores de ocasiones, despóticos señores, tiránicos jefes!

Varios camaradas de sir Nicolás se interesaban en aquellos momentos por la herida que había recibido en el pie derecho.

—¿Cómo va esa "caricia"?

—Lento, muy lento... De todos modos, creo que dentro de un mes podré volver a la línea de combate. Entretanto, voy a escribir un libro sobre esta guerra de odios sin fin, mi querido capitán, un libro en que reflejaré las amargas verdades que encierra esta lucha.

—Pues tiene tela para rato.

—Para contarlo todo, sí. Me contentaré con lo más importante, que no es poco.

La casa que habitaba sir Nicolás era un dechado de buen gusto. Le visitaban varios camaradas, el más asiduo el Conde, y también alguna que otra amiga, entre ellas, la titular,

Suzette, la loca *midinette* ascendida a la categoría de elegante desde que el conde Mauricio se empeñó en presentársela al noble y opulento inglés.

No podía pedir más Suzette de sir Nicolás, pues éste, en correspondencia a los ratos de compañía que ella le concedía, le hacía obsequio tras obsequio, sin contar que la modista, el piso y el peluquero corrían ya de su cuenta...

Aquel día, indecisa todavía Alba en aceptar la oferta de su jefe de presentarla a sir Nicolás como secretaria modelo, sucedió un grave accidente en las oficinas del Agregado Militar de Inglaterra. Los aviones enemigos bombardeaban la capital de Francia, y una de las bombas cayó sobre el edificio de aquéllas, derrumbándolas en parte, siendo nuevamente herido sir Nicolás, precisamente en el mismo pie, que quedó preso entre los montones de escombros. No tuvo tiempo de ponerse en salvo, debido a no poder andar de prisa.

Alba penetró, por la brecha abierta en las oficinas en cuestión, y auxilió a sir Nicolás, que también fué herido en un ojo, y limpióle la sangre con su pañuelo, tiernamente, con delicadezas de madre... y de mujer que experimenta una inexplicable turbación ante un hombre que le parece más interesante que ningún otro.

Acudieron algunos camaradas del herido, y Alba retiróse antes que sir Nicolás hubiese recobrado el conocimiento.

Durante los días que el herido tuvo que guardar cama, le visitó Suzette, que se abu-

rría soberanamente a su lado, pues su carácter le exigía constante diversión.

Sir Nicolás amaba a esa chiquilla caprichosa, por puro pasatiempo, naturalmente, alegrándose con su alegría, y tolerándole muchas rarezas. Claro que estaba convencido de que era una cabeza de pájaros, pero la prefería a otras de su clase, porque ella tenía ocuren-



...y limpióle la sangre con su pañuelo, tiernamente...

cias de niña mimada que le parecían encantadoras en medio de todo.

Sin embargo, una tarde, sir Nicolás, francamente le dijo, desde el lecho:

—Ya estás aburrida de mí, ¿verdad Su-

zette? ¿Te has enamorado de otro... que te ofrece más ventajas que yo?

—¡Eres un descarado, Nicolás! A ti te amarán siempre las mujeres...

—¿Tú crees?

—¡Tienes tanto dinero!

—A lo menos, eres clara, y eso vale mucho, chiquilla. Créeme que, muchas veces, es una pena ser rico.

—No digas tonterías. ¡Qué más quisiera yo que poseer tu capitalazo! ¡Ya verías tú qué vida me daba!

—No creo que, ahora, te prives de nada.

—No tengo por qué quejarme, cierto. Me permites todos los gustos. Me consientes todos los gastos. ¿Te has fijado, cariño, en mi perrito de moda, y en mi reloj de brillantes en el tobillo? Las dos cosas son el último grito del *chic* femenino.

—¿Cuánto vale todo eso?

—¡Oh, una tontería! Diez mil francos... y la voluntad.

Sir Nicolás no vivía solo. Burton, su ayuda de cámara, era, para él, como un amigo de confianza. En opinión de Burton, Suzette no merecía la consideración de sir Nicolás, y de buena gana la habría él echado de la casa... sobre todo al presentarse en ella con el perro. ¡Qué horrible animal, esquilado de una manera absurda, tan absurda como su dueña!

Pero sir Nicolás mandaba, y como la muñeca le divertía... tenía que disimular la poca gracia que ella le hacía con todo su acompañamiento...

El jefe de Alba dió muy buenas referencias a ésta acerca de sir Nicolás, y ella, en vista del crecido sueldo que iba a ganar, consultó el cambio de empleo con su madre.

—¿Qué te parece, mamá?

—Una mujer como tú, puede ir a todas partes sin temor.

—Gracias, mamá. Ya sé que no estará muy bien visto que yo me pase los días trabajando en casa de un hombre soltero, pero no hay más remedio.

Aceptó, pues, la colocación, pero, para ocultar su verdadero rostro, nada feo, por cierto, se puso unas gafas negras, y de esta suerte, vestida con mucha humildad, presentóse en casa de sir Nicolás.

Burton la anunció, y el militar la hizo conducir al gabinete de trabajo.

El conde Mauricio llegó poco después, y como sir Nicolás ya había visto a la secretaria, encontrándola feísima, no pudo menos de criticarle al amigo el poco acierto que había tenido en su encargo de proporcionarle una buena empleada.

—¡Pero, hombre! ¿De dónde has sacado ese adefesio?—le dijo—. Con su seriedad y sus gafas, más parece un profesor de filosofía que una secretaria.

—Querido amigo, me dijiste solamente que necesitabas una ta-quí-gra-fa. ¿Recuerdas? Yo pedí a los americanos una ta-quí-gra-fa. Si hubiese aceptado la que yo hubiese querido... ¡Esa sí que valía la pena!

Sir Nicolás hubiese preferido, naturalmente, pues lo agradable gusta a todo el mundo, que su secretaria fuese bonita, para trabajar mejor...

Suzette, al enterarse de la llegada de una mujer en casa de su... amigo, se puso furiosa. Se creía con derecho a gritar.

—¿Cómo tienes valor para tomar una empleada sabiendo lo celosa que soy?—le reprochó.

—Porque la necesito, Suzette. Voy a escribir un libro y si no es ella, tendrá que ser otra... ¿Será posible que tengas celos de ese esperpento?

—No me fío. Necesito verla bien.

Fué a asegurarse que era fea.

—En efecto—reconoció, de regreso de su examen—. Esa no me desbanca. No hay cuidado. ¡Señor, qué tipo!

Sir Nicolás no estaba de humor. Ni Suzette lograba animarle. Echaba de ver que ella se aburría a su lado, y se cansaba ya de pagar sólo por tener derecho a obligarla a visitarle. Necesitaba un poco de cariño sincero, algo que no se comprase con dinero, porque con dinero no tenía nada... nada...

El conde Mauricio decidió proporcionarle distracciones en su propia casa.

—Voy a invitar a algunas señoras amigas mías para que vengan a visitarte y te distraigan.

Suzette, que había sido, en otro tiempo, muy amiga del Conde, y que lo seguiría siendo, si ella quisiera, a pesar de la amistad que unía a la

locuela con sir Nicolás—¡vaya individuo!—, se indignó al oírle hablar de ese modo.

—¿Para qué estoy yo aquí? ¿Piensa usted que Nicolás no tiene bastante conmigo?

—¡Dios me libre! Pero cuantos más seamos más nos divertiremos, y Nicolás necesita precisamente eso, mucha diversión.

—¡Yo no vendré! ¡No vendré!

Amenazó Suzette a sir Nicolás que obraría en consecuencia, pero sus amenazas se las llevó el viento, y fiel a su promesa el Conde invitó a casa del inglés a tres encantadoras damas, cuyos maridos luchaban por la patria, como héroes, en el frente.

Una de ellas, la condesa Coralie, se interesó vivamente por sir Nicolás, y otra de las mujeres, una marquesa enlutada porque el negro le sentaba a maravilla y así pasaba por viuda..., le hizo la competencia a su amiga.

La fiesta que celebraron esas damas y el conde y sir Nicolás, molestaba sobremanera a Alba, que trabajaba en la habitación lindante con el salón.

Para colmo de desdicha, sir Nicolás llamóla a su presencia, y le rogó que le trajese el primer capítulo de su libro, para leer una parte a aquellas damas.

—¡Ah! ¿Conque está usted escribiendo un libro?—le preguntó la Condesa, con entusiasmo teatral.

—¡Le felicito, sir Nicolás!—dijo la Marquesa.

—¿Esa señorita es su secretaria?—prosiguió la primera.

—Sí.

—Félla... ¿eh?... Yo escribo a máquina perfectamente. ¿Quiere usted utilizar mis servicios? Mis ocupaciones de enfermera me permiten disponer del tiempo que me interese...

Sir Nicolás comprendió el fondo de aquella oferta, y mirando sonriente a la Condesa, contestóle:



—...Yo escribo a máquina perfectamente...
¿Quiere usted utilizar mis servicios?

—Estas manos son demasiado hermosas para dedicarlas al trabajo.

Alba oyó este elogio, y dolorida por el mismo, que la hería indirectamente, ocultó unas lágrimas contemplando sus manos consagradas al deber...

Pasaron los días.

Invitado a ello por la tibia dulzura del otoño, sir Nicolás pasaba todos los días varias horas en el bosque trabajando en su libro.

Le acompañaba, como se supone, su secretaria, que no se olvidaba nunca de sus gafas negras.

Una mañana, él le preguntó:

—¿Qué concepto ha formado usted de todo lo que llevamos escrito?

La consulta que su jefe le hacía halagó a Alba, que se dispuso a comentar la obra en que trabajaba con cariño. Sin darse cuenta de que se descubriría, quitóse las gafas para limpiarlas mientras hablaba, y sir Nicolás, al verla sin ellas, la miró con agradable sorpresa.

Alba, advirtiendo su distracción, volvió a ponérselas, pero sir Nicolás, quitándoselas, le preguntó, sonriente:

—¿No le parece a usted que, sin gafas, estaría más cómoda?

Ella insistió en ponérselas, y enmudeció, esperando el dictado de su jefe.

—¿Espera usted algún eclipse?—prosiguió zumbón sir Nicolás.

—¡No espero nada!—repuso ella secamente.

—No se enfade, señorita. Es usted la primera mujer realmente interesante que he conocido. ¿Por qué, en vez de encerrarse en un mutismo tan atroz como el de hasta ahora, no me habla usted, aunque sea de cuando en cuando, como quien cumple un deber?

—No creo que mi pobre conversación pueda interesar a usted, siempre tan ocupado...

A medida que transcurrían los días, sir Nicolás iba sintiendo la nostalgia de las trincheras, la vida activa de campamento. Aquella inacción forzada, le consumía y le hacía odiar hasta la vida.

Enterándose de los últimos partes del frente, comentó en presencia de Burton, que se asociaba a su amargura:

—Mis compañeros se cubren de gloria, mientras yo, imposibilitado de reunirme con ellos, me consumo en mi soledad.

Burton era callado pero no corto de vista; y, malicioso, con doble intención, dijo a su principal:

—¡No se apure el señor! Ya que no puede ir al frente por estar herido, aproveche la ocasión para pasear por el bosque con alguna de las... señoras...

—¿De qué señoras hablas? ¿Te refieres a Suzette?

—Claro... ¿a quién sino a la amiga del señor...?

Y Sir Nicolás siguió el consejo de su ayuda de cámara, pero la compañía de Suzette, cada día más veleidosa, no hacía más que aumentar su soledad.

Alba, durante la ausencia de su jefe de aquel día, ofrecióse a cuidar del hijito de la portera mientras ésta iba a depositar algunas cartas en los buzones de los demás pisos.

La criatura, acariciada otras veces por Alba, le sonreía, y Burton, encantado de la dul-

ce escena que se desarrollaba en el gabinete de trabajo, en el que entró casualmente, se unió a la taquígrafa para hacerle monerías al tierno ser. Jamás había visto Alba reír a Burton, y tampoco éste recordaba haber visto a Alba tan... bonita. Se había quitado las gafas, pero estaba más hermosa que otras veces que el criado la viera sin ellas.

Sir Nicolás llegó inopinadamente, sorprendiendo a Alba, sin gafas acariciando a la criatura, la cual, aquélla, se apresuró a devolver a la madre.

Sir Nicolás, ante la visión de la digna joven y el niño, sintióse llena el alma de inefable ternura.

Estaba triste.

—¡Oh, malditas heridas!—exclamó, a solas, con desesperado acento—. ¡Qué existencia más aburrida me estáis haciendo pasar!

De regreso al gabinete de trabajo, Alba presentó excusas a sir Nicolás por haberla sorprendido distraída.

—Dispéñseme usted, sir Nicolás, si me he traído aquí al hijito de la portera... Quizá le haya molestado... pero...

—No siga, señorita... Me ha gustado mucho encontrarla sonriente... Es muy raro verla contenta...

Alba pretendió ponerse las gafas, pero sir Nicolás se opuso a ello. Quería destrozarlas.

—Tendré que comprarme otras—dijo Alba seriamente.

—En ese caso... tome usted... Creí que, al fin, se avenía usted a complacerme, brindán-

dome el placer de contemplar su delicada hermosura.

No satisfecho con su derrota, sir Nicolás apoderóse, sin ser visto, de un guante de Alba, que ésta buscó inútilmente.

—¿Se le ha perdido a usted algo?—preguntóle, para despistarla.

—No es nada... un guante...



Alba pretendió ponerse las gafas, pero sir Nicolás se opuso a ello.

Sir Nicolás llamó a su ayuda de cámara.

—La señorita Bulteel ha perdido un guante. Ayúdala a buscarlo.

Fué inútil, y Alba marchóse con un solo guante.

Al quedar a solas amo y criado, dijo el primero al segundo:

—Compra media docena de pares de guantes y mándaselos a la señorita Bulteel.

—En seguida, señor—contestó Burton encantado de tal encargo. Pero, volviendo sobre sus pasos, preguntó—: ¿De qué número, aproximadamente, señor?

—Es verdad. Pero, espera... Como éste.

Y sacóse del bolsillo el guante, agujereado en la punta de los dedos, que le había quitado a Alba, y que había besado con pasión.

Burton ocultó una sonrisa, y marchóse a cumplir el encargo.

Al quedar solo, sir Nicolás besó de nuevo el guante de Alba con verdadero cariño, y guardóselo muy junto a su corazón.

Y el acento de infinita dulzura de ella, tierno y mimoso, y el balbuceo del niño al que acariciaba, perduraban como los ecos de una música agradable y casi olvidada en los oídos de sir Nicolás. ¡Estaba realmente enamorado de su secretaria!

...

A un soltero opulento no le faltan nunca amigos: unos que halagan su vanidad buscando lucrarse, y otros que aunque no lo sean, viven una vida de diversión completamente parasitaria.

Por ese motivo los salones de sir Nicolás se veían de continuo concurridísimos.

Alba, en su gabinete de trabajo, trataba de convencerse de que sir Nicolás le era comple-

tamente indiferente. Sin embargo, aquellas mujeres tan frívolas que frecuentaban la casa, constituían para ella un intolerable suplicio.

La Condesa y la Marquesa eran las que más molestaban a Alba; y éstas, aprovechándose, un día, de la ausencia de sir Nicolás, decidieron conocer a la secretaria, de la que él les había, en su entusiasmo por ella, hablado más de una vez, en sentido altamente encomiástico. Dudaban de que fuese sólo su secretaria.

Entraron en el gabinete de trabajo, con la tercera amiga, que no se separaba nunca de ellas.

—¿Sería usted tan amable que nos sacara unas copias de nuestras listas de *bridge*?—rogóle la Condesa, después de romperle, adrede, las gafas, que ella se había quitado antes de entrar ellas, y que no tuvo tiempo de ponerse al verlas aparecer.

Alba, sufriendo por verdadero milagro la ofensa que le hacían aquellas mujeres, aceptó el trabajo, pero al abonarle, la Condesa, diez francos, por la molestia, prendió fuego al billete para que la Marquesa encendiera un cigarrillo con él.

—¡Es usted muy altiva, señorita taquígrafa!

—¡Y ustedes, muy groseras, señoras!

—¡Bah! ¿A qué enfadarse? Como no es usted más que una vulgar empleadilla...

—Hagan el favor de marcharse. Yo no estoy aquí para aguantar impertinencias de nadie. Sir Nicolás llegaba en aquel momento a su

casa, y enterado de que las tres amigas estaban en el gabinete de Alba, comprendió a qué habían ido allí, y fué a buscarlas.

—¿Deseaban ustedes algo de mi secretaria?—preguntóles delante de ésta.

—Sí, Nicolás. Hemos venido a que nos sacara unas copias de la lista de *bridge*—contestó la Condesa.



—¡Bah! ¿A qué enfadarse? Como no es usted más que una vulgar empleadilla...

Bastóle a sir Nicolás dirigir una mirada a Alba para descubrir que la habían ofendido.

—La señorita Bulteel no puede complacerlas—contestó a la Condesa—. Le he encomendado un trabajo urgente. Pero no dudo que la

señora Condesa, que tan bien escribe a máquina, se prestará a copiarlas.

La lección iba destinada a desagraciar públicamente a Alba. ¡Bonita cara pusieron las amigas!

—Le complacería, Nicolás, pero tengo las manos heladas—dijo la Condesa, ocultando su enojo.

—Razón de más—insistió sir Nicolás—; el ejercicio las hará entrar en calor. Además, no creo que usted se niegue a escribir cuatro líneas a instancias mías, ¿no es cierto?

La Condesa no pudo rehusarse a complimentar la petición de sir Nicolás, y éste, en el salón, sentándola ante la máquina de escribir que él usaba, le dijo, complaciéndose en azorarla:

—Ahora se le presenta a usted la ocasión de lucir esa rara habilidad de mecanógrafa que dice poseer.

Y la Condesa, furiosa consigo misma, pasó el peor rato de su vida...

Alba, en tanto, lloraba.

Burton entró en el gabinete de trabajo, sorprendiéndola en su dolor.

—Señorita Bulteel, ¿qué tiene usted? ¿Por qué llora?...

—¡Oh, Burton! ¿No ha sentido usted a veces un gran cansancio de la vida, un deseo casi angustioso de que todo cambie o todo se acabe?

—No, señorita; yo nunca. El que creo se encuentra en ese caso, es sir Nicolás...

¿Por qué lloraba Alba? ¿Por el agravio re-

cibido? ¡Oh! Sentía que amaba a sir Nicolás, y combatía ese amor. ¡No, no podía ser! ¡Soñaba!

La redacción del libro de sir Nicolás avanzaba. Otro capítulo terminado, y el final no se haría esperar.

Suzette visitó a su amigo, reprochándole el olvido en que, de un tiempo a aquella parte, la tenía:

—Te has vuelto muy ingrato, cariño mío. Hace muchísimo tiempo que no nos vemos. ¡Ah! No me había fijado. ¿Ya te han quitado la venda del ojo? Ahora sí que estás guapo.

—Sí... ¡y veo muy claro!... mucho más claro que antes.

—Naturalmente... Ahora debes ver doble...

—Eres muy graciosa, pero no me gustan ya tus chistes. Toma, para los pobres de tu barrio...

—¿Qué es esto, un cheque?

—Un bonito cheque. Y no te ofendas, pero sería preferible que no vinieras más aquí.

—¡Chico, qué sorpresa! Y, sin duda, la causa de tu decisión es esa belleza que tienes como secretaria, ¿verdad? ¡Ahora verás! Pero, francamente, el cheque es aceptable. No puede negarse que eres un caballero, Nicolás. Me marcho, sin gritar... De todos modos espero que nos veremos con frecuencia. Una prima mía muy rica acaba de tomar un piso en esta misma casa.

—Preferiría que te abstudieses de ello, ya te lo he dicho.

—Vaya, hombre, que te pruebe el cambio. Mira que dejarme por esa caña de pescar, mal vestida...

Salió del salón, y al ir a abrir la puerta de la escalera, retrocedió y apoderóse de una llave, con perversa intención.

Sir Nicolás y Alba se hallaban a solas. El la libró del trabajo a máquina, suplicándole, en un momento de mucha tristeza, que le hiciese el favor de tocar algo en el piano.

—¿Es una obligación más que usted me impone?—respondió ella resistiéndose a complacerle.

—No, no... es un ruego... De modo que, si usted quiere...

Alba obedeció, pero sus dedos telearon horriblemente, nerviosamente...

—¡No siga, señorita, no siga! ¿Por qué ha elegido usted esa música tan complicada nada grata al oído?

—Porque supuse que le gustaría a usted.

—No es esa música la que yo necesito. ¡Oh, Alba! Entre esas gafas y su estudiada reserva acabaré por volverme loco.

Y sir Nicolás, que luchó con su pasión, no pudo más, y besó a la fuerza a Alba, que le recriminó, llorando amargamente, su audacia:

—¡Abusa usted porque me ve una joven humilde y desamparada que necesita trabajar para ganar su sustento!

—¡No, Alba, no lo juzgue usted así! ¡La quiero con toda mi alma!

—No mienta un cariño que no siente. Los hombres como usted no saben lo que es amar.

—Alba, escúcheme...

—Déjeme, déjeme... se lo suplico... Respéteme...

Y se fué, anegada en llanto, dejando más triste y desconcertado que nunca a sir Nicolás.

Pasaron algunos días, y Alba no reapareció en la casa del noble inglés, que la esperaba angustiosamente.

Una tarde, sir Nicolás recibió, inopinadamente, la visita de la condesa Coralie, que había tomado una determinación respecto a él.

—No la esperaba a usted, amiga mía...

—Me siento tan triste, tan sola, con esta ausencia de mi esposo, que parece interminable... y supuse que también usted estaría triste y solo como yo... Por eso he venido... ¿Le disgusta, acaso, mi presencia?

—No, Condesa... al contrario...

La coqueta mujer, egoísta como todas las mujeres consagradas, como ella, al lujo y los placeres, acercó sus labios a los de sir Nicolás, pronta a desenmascarar su bajeza.

Sir Nicolás, encendidos sus sentidos por la voluptuosa amiga, iba a caer en la tentación, pero, serenándose, recordando a la única mujer que verdaderamente amaba y que se resistía, por temor, a dejarse amar, rechazó a la Condesa.

—¿Me desprecia?—protestó ella, airada.—
¿Se atreve usted a tratarme de modo tan poco correcto?

—¿Qué otra cosa esperaba usted, Condesa?

La vanidosa mujer mordióse los labios, y huyó de aquella casa donde había recibido la mayor humillación de su vida, harto merecida...

Pasaron nuevos días, y, obsesionado por el ansia ardiente y dolorosa de ver a Alba, sir Nicolás fué a su casa, encontrándola entre-



Sir Nicolás iba a caer en la tentación...

gada a la limpieza del modesto hogar.

Estaba con ella una hermanita suya, que los dejó solos, como comprendiendo a lo que iba allí el noble inglés.

—¿Por qué ha venido usted a mi casa?—dijole ella, turbada.

—Vengo a suplicarle que me perdone, Al-

ba... y a decirle... si quiere usted casarse conmigo.

—¿Por qué insiste en atormentarme, sir Nicolás?...

—Podríamos hacernos la cuenta de que usted es mi secretaria a perpetuidad o lo que mejor le parezca; yo me conformaré con todo a cambio de poderla ver diariamente.

—Es en vano que se empeñe usted, sir Nicolás. Su proposición no me conviene de ninguna manera.

—¿Duda usted de mi cariño?...

—¿Por qué no le hace ese ofrecimiento a la condesa Coralie... o a la señorita Suzette?

—¡Ah! ¡Cuánto lamento, Alba, que usted no me crea porque haya en mi vida esos recuerdos! Pero no pierdo la esperanza de ser digno de su cariño... Adiós... y perdóneme este paso... si la he molestado...

Una semana escasa después, ocurrió que el padre de Alba cometi6 una estafa en el juego, y era inminente su degradación si no entregaba dentro de breve plazo nada menos que cincuenta mil francos.

Alba, enterada antes que su madre de las nuevas trampas de su padre pensó en que, aceptando casarse con sir Nicolás, salvaría el buen nombre de su familia. Vaciló; pero, por su madre, que ya había sufrido bastante, decidióse al sacrificio.

Simultáneamente, sir Nicolás se enteraba en su propia casa, por varios amigos, militares franceses de las deudas contraídas por el padre de su perdida secretaria, y, compadecido

de ella, resolvía sacar del apuro al culpable.

Mientras Alba se dirigía a su casa, él iba a la suya, entrevistándose con la buena madre de la adorable muchacha.

—Dispéñseme usted, señora, por esta visita que quizá juzgue usted importuna. Pero es el caso que... siendo su hija mi secretaria, y conociendo su situación precaria, me he apresurado a ponerme a su disposición, porque deseo vivamente hacer por ustedes todo cuanto esté a mi alcance.

La esposa del jugador habíase enterado ya de la nueva jugada de éste, y contestó a sir Nicolás:

—Le agradezco, señor, su ofrecimiento... pero cincuenta mil francos son mucho dinero...

—Señora... no llore... Amo a Alba y, si usted me lo permite, le entregaré ahora mismo esos cincuenta mil francos, pero a condición de que no diga una palabra de esto a su hija.

La madre, aceptándolo todo por el desgraciado esposo, agradeció a sir Nicolás su generosidad, y éste, al regresar a su casa, encontróse con la agradable sorpresa de ver en ella a Alba.

—¿Me esperaba usted, señorita?...

—He venido... he venido... sir Nicolás... para decirle... Mi padre, ¿sabe usted?...

Sir Nicolás fingió no saber nada.

—En fin—continuó Alba haciendo un esfuerzo—, en casa ocurre algo grave, y estoy decidida a ser su secretaria vitalicia tan pronto como arreglemos los trámites legales.

—Bien, Alba... No quiero forzar a usted a

decirme lo que le acontece... Pero pongo una condición... Que prescinda usted de las gafas... para siempre más.

—No... Seguiré como hasta ahora...

—Pero, Alba... Esto es imposible... Porque yo quiero que seas realmente mi esposa.

—No, sir Nicolás, se lo suplico, nuestro matrimonio no será nunca más que un convenio.



Sir Nicolás no cabía en sí de gozo esperando el anhelado momento.

—Como usted quiera... Bien sabe Dios que confío en que, un día, no muy lejano, se convencerá usted de cuánto la amo.

Burton celebraba de antemano el acontecimiento que se preparaba en la casa. Era la víspera de la boda. Todo el equipo de la novia se hallaba listo. Sir Nicolás no cabía en sí de gozo esperando el anhelado momento. Aquella noche, no pudo conciliar el sueño.

Al nuevo amanecer, Alba presentóse en casa del que iba a ser su esposo "condicionalmente", y al verla, sir Nicolás, apasionado, trató de estrecharla inefablemente en sus brazos. Ella le rehuyó.

—¿Por qué me temes, Alba, si te amo con pasión?

—Recuerde su promesa de atenerse a la condición por mí impuesta.

Alba entró en su cámara, donde todo estaba dispuesto para convertirla en novia, y halló encima de la mesita tocador un estuche con un valiosísimo regalo acompañado de este tarjetón:

Para Alba.

Del que va a ser su esposo

Nicolás.

Burton se reunió con su principal, quien, al sentirle cerca de sí, le confesó en confianza:

—¡Soy el hombre más feliz que pisa la tierra, Burton!

—Mucho lo celebro, señor... y le felicito. Buena compañera le ha tocado en suerte.

—Sí, ¿verdad, querido amigo?

—No la hay mejor, señor. Se lo dice un vie-

jo que ha aprendido a conocer a las mujeres. La señorita Alba es un tesoro.

Poco después de la boda, presentóse Suzette en casa de sir Nicolás. Iba a visitar a su prima que vivía en el piso superior, y enterada del matrimonio de su ex amigo, entró a verle, con ánimo de jugarle una mala partida.

—¿Tú aquí? ¿No te dije...?



—¡Soy el hombre más feliz que pisa la tierra, Burton!

—Vengo a decirte que no te guardo rencor, Nicolás, y a felicitarte. ¡Ya ves si soy generosa!... Por fin, con su estudiado pudor, esa caña de pescar vestida... te ha peseado. ¡Vaya, vaya! Eres más tonto de lo que yo creía.

—Bueno... Hazme el favor de marcharte...

y procura no volver... porque mandaré que no te reciban... ¿lo oyes? Me parece que me he portado bastante bien contigo.

—Está bien, Nicolás. No te disgustes. Ya sé por dónde se sale.

Pero Suzette, en lugar de marcharse, procuró que Alba la viese, y al suceder esto, le dijo con punzante ironía:

—Le deseo tan buena suerte como yo tuve... ¿Ve usted lo que son las cosas? Me suplicó Nicolás que guardara la llave del piso... ¿va usted comprendiendo? Pero yo, que no quiero ser la causa de futuros disgustos, he venido a devolverla. Hela aquí.

Y le entregó la llave que hurtara el día que sir Nicolás le diera el pasaporte.

Burton no pudo evitar la mala acción de Suzette, y al cerrarle la puerta, la apostrofó, deseándole la más negra suerte:

—¡Mala mujer!

—¡Viejo estúpido!—contestóle ella, despechada por haber perdido para siempre al rico inglés.

Después de lo ocurrido, que sir Nicolás ignoraba, Alba juzgó oportuno abandonar la magnífica morada de su esposo para volver al lado de su madre, sin que él lo supiera.

Pero la abnegada madre, que había leído en el corazón del hombre que había tomado a su hija por esposa, aconsejóle:

—Tu madre te ruega que vuelvas a tu nuevo hogar. No olvides que ese hombre te ama sinceramente, y que él, sin tú saberlo, vino a salvar a tu padre.

Y le refirió la intervención, antes que ella misma, Alba, se la pidiera, de sir Nicolás, en el apuro del jugador arruinado.

—Pero entonces... ¿cómo se explica, mamá, que esa mujerzuela...?

—Esas son aprensiones tuyas, Alba. La mujer debe mirar al futuro y conformarse y aun alegrarse con que su marido la ame, sin devanarse los sesos por averiguar el pasado.

—¡Parece mentira que hables así, mamá, después de lo que te ha tocado sufrir con papá!

—Ya ves tú: todo cuanto sufrí y mucho más volvería a soportarlo por amor a él.

—¡Oh, mamá! ¡Qué buena, qué santa eres!

Y el ejemplo de la madre no cayó en saco roto.

Alba volvió con su marido, que tenía el corazón partido de dolor, y le murmuró:

—¡Perdóname, Nicolás!... Pero sentí una ansia loca de matar a Suzette, de aniquilar a la Condesa... Me cegaron los celos... ¡porque yo también te amo!

—¡Alba mía! ¡Mujer soñada! ¡Al fin!

Y mientras los recién casados se arrullaban, Burton, frotándose las manos, se felicitaba de no haberse equivocado presagiándose a sí mismo que la mecanógrafa, tecleando, tecleando, había escrito en el corazón de sir Nicolás, en caracteres imborrables, la palabra Amor.

¡Adiós amistades dudosas! La vida se ofrecía a los enamorados, llena de verdades, de risas, de besos...

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

LA GRANDIOSA NOVELA, producción
CECIL B. DE MILLE

"LA MARCHA NUPCIAL"

creación insuperable de la bellísima estrella
LEATRICE JOY y del simpático actor
EDMUND BURNS

ÉXITO ENORME

Postal fotografía regalo:

Charles Willy Kaiser

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles — Precio: 25 cts.

Siempre las mejores películas

LEA USTED

LA INTERESANTE NOVELA

DEMASIADAS MUJERES

Creación del simpático Reginald Denny

LOS GRANDES FILMS de LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EN BREVE

La grandiosa producción nacional

NOBLEZA BATURRA